

Olivares Martínez, Diana. *El Colegio de San Gregorio de Valladolid. Saber y magnificencia en el tardogótico castellano*. Madrid: CSIC, 2020, 347 págs.

Pocas producciones artísticas del Bajo Medievo castellano son tan originales y sugerentes como el Colegio de San Gregorio de Valladolid. Su carácter a medio camino entre obra secular y religiosa, su vinculación, aunque fueran instituciones completamente independientes, al vecino convento dominico de San Pablo, la belleza y suntuosidad de sus interiores, el impacto visual que causa su portada, la confluencia en su fábrica de algunos de los más insignes artistas del momento, todo ello hace de este edificio una de las más asombrosas realizaciones artísticas de finales del siglo XV. Por ello, cualquier estudio que nos ayude a conocer una construcción tan singular y, por desgracia, con tantos interrogantes aún sin respuesta, ha de ser bienvenida, especialmente si presenta el rigor, la profundidad y la solidez científica del libro recientemente publicado por la doctora Diana Olivares, que forma parte de la colección “Biblioteca de Historia del Arte” del CSIC.

No faltan estudios previos sobre esta obra, desde las noticias proporcionadas por el padre Arriaga en el lejano siglo XVII hasta la muy reciente de uno de sus más profundos conocedores, José Ignacio Hernández Redondo. Sin embargo, la escasez de datos documentales ha dado pie a la elaboración de diferentes hipótesis sobre su proceso constructivo, los artistas que en él participaron o las circunstancias que incidieron en su desarrollo, así como las que dieron lugar a la conservación de la parte que ha llegado hasta la actualidad y la destrucción de aquellas otras que, por desgracia, se han perdido. La doctora Olivares intenta dar respuesta a todas las cuestiones que se han planteado hasta al momento, y a otras nuevas, a partir de un riguroso estudio de las escasísimas fuentes documentales y, sobre todo, de la propia obra como fuente fundamental de información. Su tesis doctoral sobre el colegio y la figura de su fundador, así como algunas publicaciones previas, han sido la base a partir de la cual abordar este libro fundamental, prologado por el que fue director de la mencionada tesis, el doctor Javier Martínez de Aguirre.

Sin perder en ningún momento de vista la necesaria vinculación de la obra artística con la función para la que se hizo, la autora aborda los diferentes aspectos de aquella, siguiendo un orden temático que nos lleva de la figura de su fundador hasta un estudio detallado de cada una de las partes conservadas, o no, del conjunto, incluyendo las diversas vicisitudes que llevaron a la pérdida de algunos de sus bienes más relevantes.

La figura de Alonso de Burgos, fundador, promotor, financiador y alma del proyecto, centra el primero de los capítulos de la obra. No podía ser de otro modo, ya que sin él institución y edificio no hubieran existido. A él se debe el interés por crear un colegio para estudiantes de la orden dominica, a la que él pertenecía, una orden tradicionalmente interesada en el conocimiento y el estudio, que tenía en el convento vallisoletano de San Pablo una de sus sedes principales, por lo que la relación entre ambos edificios se explica por sí misma. Al mismo prelado y a su papel en la corte, a su cercanía a la reina Isabel, a la que haría patrona del colegio, se debe la profusa presencia regia en la obra, así como, probablemente, la participación de alguno de los artistas más interesantes de su época. A la fortuna personal del prelado, profundamente estudiada por la doctora Olivares en obras anteriores, se debe la financiación de su construcción, si bien la autora no descarta el acceso del comitente a otros recursos, dada la cuantía del coste final. A su formación, en el seno de su orden y su interés por el saber, debemos, probablemente, el planteamiento de la impresionante portada principal. A su interés, en suma, por la dignidad y autoridad de su persona y cargo, debemos la magnificencia a la que la autora se refiere en el título del libro y que claramente define el conjunto del edificio.

Tras hacer dos breves incursiones, en primer lugar en la historiografía del edificio, recogiendo los estudios previos que a él se han dedicado y sus principales aportaciones, y en segundo lugar en el análisis del conjunto arquitectónico en aplicación a su función docente, imprescindible para entender su desarrollo arquitectónico, se da paso a la presentación detallada de la historia del edificio, fundamental para llevar a cabo la “crítica a la autenticidad” que da título al capítulo y que permite determinar qué partes se han conservado

y cómo y establecer la forma de aquellas que no hemos conseguido conocer.

Los dos restantes capítulos recogen el estudio pormenorizado del edificio, desde el punto de vista arquitectónico, y de su portada.

Los diferentes espacios del conjunto son descritos minuciosamente, analizando sus elementos constitutivos, así como su origen, modelos e influencias. La autora incide en la influencia de la arquitectura palacial, tanto local como foránea, en cuestiones como el protagonismo de la impresionante escalera monumental, la distribución de las diferentes salas en torno a los dos patios, la diferenciación de los espacios áulicos y domésticos dedicados al obispo o la presencia de una arquitectura para el ocio de los colegiales en las denominadas “azoteas”. A partir de este cuidadoso análisis la autora extrae sus conclusiones acerca de la autoría del proyecto y su ejecución y de su proceso constructivo. En cuanto a la primera recoge, a partir de la escásima documentación conservada, la tradicional atribución de las trazas a Juan Guas y la participación de Simón de Colonia, estableciendo la posible intervención de cada uno de ellos; además, tomando como base el conocimiento del contexto arquitectónico del momento del que hace gala la autora, añade los nombres de Bartolomé de Solórzano y Juan de Ruesga, como ejecutores de un proyecto del que Juan Guas seguramente desapareció pronto. De este modo, un conjunto diseñado de manera unitaria desde el principio por Juan Guas, por encargo de Alonso de Burgos en los inicios de su obispado palentino, sería continuado por el habitual aparejador de Guas, Juan de Ruesga y, a la finalización de la capilla, por Bartolomé de Solórzano, con quien el obispo habría entrado en contacto en las obras que promovió en la catedral de Palencia. Tras la realización de su retablo por Gil de Siloe y Diego de la Cruz, las obras de la capilla, su sacristía, portada y el impresionante sepulcro del fundador serían finalizados por Simón de Colonia hacia 1500. La hipótesis de la doctora Olivares es perfectamente plausible y está sólidamente argumentada, a pesar de la lamentable falta de documentación que pudiera avalarla y de la pérdida de algunas de estas impresionantes obras. Es el caso del monumental conjunto funerario del fundador y del retablo de la capilla, realizaciones que se encontraban entre las obras más originales y suntuosas del momento dentro de sus respectivas tipologías.

La portada constituye el capítulo de cierre, broche de oro de un completo estudio de una obra tan singular como este su acceso principal. Su compleja iconografía había dado ya lugar a análisis previos de diferente signo, con los que coincide la autora en la lectura de un programa cuidadosamente elaborado en torno a la sabiduría y a su representación como un jardín protegido por diversos guardianes –salvajes y caballeros–, centrado por una fuente de la que surge un gran árbol coronado por el escudo regio que sostienen sendos leones. La relación con la obra literaria de Alonso de la Torre y los modelos formales de Gil de Siloe son igualmente asumidos por la doctora Olivares, que analiza minuciosamente cada uno de los motivos presentes en una de las portadas más sugerentes del tardogótico castellano, conjugando temática religiosa y profana en un complejo discurso en torno a los principales pilares de la obra: el conocimiento, su base religiosa, el protagonismo del fundador y los reyes.

Acompañado de un completísimo aparato gráfico y de una exhaustiva bibliografía, el texto se sucede de una manera fluida, ordenada y clara, en una lectura que disfrutará no solo el investigador, sino también el amante del arte de un periodo tan apasionante como este tardogótico que en la corona castellana nos dejó tantas obras impactantes como esta cuyo estudio ahora se actualiza.

María Dolores Teijeira
Instituto de Estudios Medievales. Universidad de León